

El XIV centenario del nacimiento de San Isidoro, Arzobispo de Sevilla (*)

I

¿Sevilla, cuna de San Isidoro?

Por Antonio Hernández Parrales Pbro.

Archivero-Bibliotecario del Arzobispado de Sevilla

SE está celebrando en León, donde se conservan las sagradas reliquias de San Isidoro, el Año Santo Isidoriano, que comenzó el primero de mayo y terminará a fines de octubre, y durante él se han organizado peregrinaciones y diversidad de actos en conmemoración del decimocuarto Centenario del gran doctor de las Españas. Y en Sevilla, por reciente disposición de nuestro Emmo. Prelado el Sr. Cardenal Bueno Monreal, también se celebrarán actos conmemorativos, en el mes de noviembre.

Deseando recordar a esta excelsa figura de la España visigoda, hemos hilvanado unas sencillas notas, que damos a la publicidad divididas en varios apartados para facilitar su lectura.

A principios del siglo V, los pueblos bárbaros de la Germania, que durante dos siglos y medio habían sido contenidos por los romanos, atraviesan los Alpes, el Po y los Apeninos, llegando hasta las puertas del Imperio de Oriente. Una oleada de estos pueblos entran en nuestra Península, y son los visigodos los que logran predominar en nuestro suelo, gracias a la relativa suavidad con que trataron a los indígenas o hispanoromanos; pero los invasores eran arrianos, si bien al prin-

(*) El Instituto de Estudios Giennenses ha querido asociarse a la conmemoración del Año Santo Isidoriano mediante este interesante trabajo con el que inicia su colaboración en nuestro **Boletín** el señor Hernández Parrales. La gigantesca figura del santo hispalense que proyectó su ciencia y santidad a toda España y al mundo, bien merece tal homenaje que será complementado con estudios y conferencias por el Seminario de Estudios Filosóficos.

cipio, por ser minoría, dejaron intactas las creencias de los nativos.

Muchas fueron las herejías que existieron en la Edad Antigua, pues en aquella época con relativa facilidad se caía en el error. Una de las que más pronto se abrieron camino en las masas fue el Arrianismo, que negaba la divinidad de Jesucristo, haciéndolo inferior al Padre, pues decía que no era eterno, sino criado de la nada, aunque afirmaban que era el primogénito de todas las criaturas. Esta falsa doctrina fue condenada en el Concilio Ecuménico de Nicea, el año 325, que presidió el español Osio, obispo de Córdoba y consejero del emperador Constantino. La fórmula que se propuso por el mismo Osio fue feliz, pues el Concilio declaró que el HIJO FUE ENGENDRADO, NO HECHO, CONSUBSTANCIAL CON EL PADRE. Y aunque Arrio fué condenado, después obtuvo la protección del emperador Constancio, y su doctrina o Arrianismo influyó en muchos pueblos, a pesar de sus altibajos de triunfos y derrotas.

Uno de los pueblos bárbaros que más pronto se hicieron cristianos fue el visigodo, pero desgraciadamente siguieron la herejía arriana. El primer rey visigodo que persiguió a los católicos españoles, fue Teodorico, años 453-469, y lo mismo hizo su hermano Eurico, siguiendo después unos reinados de tolerancia, cuando la corte tenía su sede en Sevilla con los reyes Teudis, Teudiselo y Agila; pero este último se convirtió en un tirano, y un noble llamado Atanagildo se levanta en armas, apoyándole los católicos hispano-romanos, y con el auxilio de Justiniano emperador de Constantinopla, que a cambio de esta ayuda se apodera de una franja del Levante español incluyendo a Cartagena. Atanagildo es proclamado rey el año 554 y traslada su corte a Toledo, burlando a los católicos de la Bética que le habían elevado al trono.

En este año de 554, Severiano y su mujer, cuyo nombre se ignora, abandonan Cartagena, que había pasado al poder bizantino, y en un exilio forzoso o voluntario, vienen a establecerse en Sevilla acompañados de sus tres hijos, Leandro, Fulgencio y Florentina. Así nos lo cuenta el mismo San Leandro,

al asegurar que la familia de Severiano y Turtur tiene que iniciar su exilio en el año 554 "con sus tres hijos", con lo que nos viene a indicar que San Isidoro, el cuarto y menor de los hijos, no había nacido todavía.

El padre Enrique Flórez, en el tomo IX de su obra "*España Sagrada*", fundándose en ciertos breviarios antiguos, afirma que el lugar donde nació San Isidoro fue Cartagena; otros autores le siguieron en la misma apreciación, y últimamente, en los Anales de la Universidad de Murcia (año 1947-48), apareció un artículo firmado por A. Beltrán, defendiendo la misma tesis sobre su nacimiento en Cartagena.

Sin embargo, en Sevilla se señala hasta el sitio de la casa de su nacimiento, que es el lugar donde se levanta la parroquia de San Isidoro. Así lo hizo constar el padre Antonio de Quintana Dueñas, en su libro "*Santos de la ciudad de Sevilla y su Arzobispado*", al decir: "Su insigne Parroquial, erigida en el sitio que presumen fue del Palacio de sus padres y de su nacimiento, es fundación del Santo Rey Don Fernando". Y el erudito Nicolás Antonio, en su "*Biblioteca hispana vetus*", dejó consignado que había nacido en Sevilla, porque generalmente se cree que todavía no había nacido Isidoro, cuando su padre Severiano vino exilado a esta ciudad. "Hispani natus vulgo creditur. In eam enim Urbem fama est exulen venisse, nondum eo nato, Severianum".

El año 560 se da como fecha del nacimiento de San Isidoro, y, como ya hemos visto, sus padres llevaban residiendo en la ciudad del Betis unos seis años, por lo que nos inclinamos a afirmar que Sevilla fue la cuna de nuestro Santo.

A corroborar la tradición sevillana vienen dos testimonios de San Leandro, sacados de la "*Regla monástica*", escrita para su hermana Florentina: el primero de ellos dice, ... "que al salir ésta de Cartagena, su patria, era tan pequeña, que no podría acordarse de ella..."; y el segundo, que se encuentra al final de la misma Regla, dice: "Ruégote por último hermana amadísima, que te acuerdes de mí en tus oraciones, sin que te olvides de Isidoro, nuestro hermano el más joven, a quien dejaron nuestros padres bajo la protección de Dios y cuidado de

los tres hermanos mayores, entregando sus almas gozosos al Señor y sin temor alguno de su infancia". "Nec junioris fratris Isidori obliviscaris, quem quia sub Dei tuitione et tribus germanis superstitionibus parentes reliquerunt communes laeti, et de ejus nihil formidantes infantia, ad Dominum commearunt".

Ahora bien—dice J. Alonso Morgado, en *Episcopologio sevillano*—, si los padres de Isidoro murieron cuando éste se hallaba en la infancia, y Florentina estaba en edad conveniente para atender a su educación, y ésta había salido de Cartagena, tan pequeña, que no podía recordar su patria chica, no es posible que Isidoro naciera en aquella ciudad del Levante español, porque entonces resultaría que sus padres habían dejado al niño bajo la tutela de quien todavía la necesitaba.

Nacido en Sevilla o Cartagena, es lo cierto que Isidoro pertenece a una familia hispano-romana, como lo demuestra el mismo nombre de Isidoro, de origen griego, que significa "el don de Isis", cosa no extraña porque las familias romanas, e incluso cristianas, usaban de nombres griegos aunque tuviesen significados paganos. Y es una fábula el decir que su padre Severiano era godo e hijo del rey godo Teodorico, pues entonces él hubiera heredado el trono de Italia en lugar de Amalasunta que lo heredó como hija de dicho rey visigodo.

Igualmente hay que rechazar la opinión de los que afirman, que Teodosia, la primera mujer de Leovigildo y madre de Hermenegildo y Recaredo, era hermana de los cuatro santos hermanos e hijos de Severiano, pues consta que la primera mujer de Leovigildo se llamaba Rinchilde y no la supuesta Teodosia; y tanto San Leandro como San Isidoro, cuando escriben de sus hermanos, solamente nombran a tres, y en ninguno de sus escritos tratan del supuesto parentesco con San Hermenegildo.

El niño Isidoro se crió en Sevilla, en un hogar cristiano, y cuando sus padres faltaron, su educación corrió a cargo de su hermano mayor Leandro, que le miraba "como a un hijo", y de su hermana Florentina, un ángel de pureza, que fue para el niño "una segunda madre".

II

Juventud de San Isidoro: Es elegido metropolitano de Sevilla

DE sus primeros años se cuenta—y lo incluye el himno de vísperas de su fiesta—, que siendo muy niño se quedó dormido en el jardín de su casa, y su hermana y deudos se vieron sorprendidos porque un enjambre de abejas bullía a su alrededor y remontándose luego al cielo dejaron sobre su boca un panal de miel, presagio de las virtudes con que había de brillar.

San Leandro, que desde fines del año 578 era obispo o metropolitano de Sevilla, funda una escuela catedralicia para que se prepararan dignamente los jóvenes, especialmente los que aspiraban al sacerdocio, y determina que su hermano Isidoro estudie en ella. Y sucedió que estudiando Gramática, ya sea que Dios quería probarlo limitando sus facultades intelectuales, o que él se juzgó incapaz para el estudio, un día Isidoro salió de las aulas y huye al campo sin rumbo fijo, pero cansado de tanto andar y fatigado por la sed, se aproxima a un pozo en Santiponce, cerca de Itálica, de donde a la sazón una pobre mujer sacaba agua, y al notar que el brocal de piedra estaba acanalado o lleno de surcos, le preguntó la causa, respondiéndole la mujer que era debido al continuo roce de la cuerda. Isidoro entonces reflexiona y piensa que perseverando en los estudios podría superar las dificultades que se le presentaran y arrepentido volvió al lado de su hermano, aceptando el castigo que le impusiera. Sea verdad o no esta anécdota, es lo cierto que Leandro obliga a Isidoro a hacer una vida casi monástica, y de esta forma pudo adquirir un completo conocimiento del griego y del hebreo.

Muerto Atanagildo en 568 había sido nombrado rey de los visigodos Liuva, pero éste, no queriendo abandonar las Galias, nombró por compañero a su hermano Leovigildo, a quien dejó el mando y gobierno de las Españas, pero al quedar como único rey, este último, con deseos de dejar asegurada la sucesión del trono, tomó por asociados a sus dos hijos, Hermenegildo y Re-

caredo, enviando al primero a Sevilla con aparato regio, el año 577. Al poco tiempo, Hermenegildo, a instancias de su mujer Igunda, y por los consejos del metropolitano Leandro, se hizo católico. Mas Leovigildo, en quien al lado de grandes prendas, dignas de alabanza, encontramos algo que arranca gemidos a las conciencias rectas, no era un príncipe vulgar sino un monarca de grandes talentos políticos y voluntad enérgica, al saber el cambio de religión de su hijo, creyó peligrar la unidad de su pueblo; lo llamó, pero negóse el hijo a comparecer ante su padre, y apoyado en el partido católico se hizo fuerte en Sevilla, estallando la guerra el año 579, que durante cerca de tres años ensangrentó el suelo de la Bética, y terminó con la prisión y muerte de Hermenegildo. El rey Leovigildo despoja a los católicos de sus bienes, destierra a los obispos Leandro de Sevilla, Fulgencio de Ecija, Mausona de Mérida y otros, que fueron reemplazados por obispos arrianos.

El metropolitano Leandro marcha a Constantinopla el año 580, quizás a pedir ayuda al emperador Tiberio Constantino por encargo del mismo Hermenegildo, o tal vez a solicitar la mediación de los imperiales, sin resultado positivo en ambos casos. Desde aquella capital y bebiendo ya la amargura del destierro, San Leandro escribe a su hermano menor, recomendándole fortaleza en la adversidad y anunciándole que había conocido y entablado gran amistad con un religioso que era el apocrisario o legado del Papa Pelagio II—que luego sería también Sumo Pontífice y se le conoce con el nombre de San Gregorio Magno—, éste diría luego en sus escritos que conoció a Leandro cuando éste fue a Constantinopla a tratar asuntos de la Fe.

El joven Isidoro, que ya se distinguía como defensor de la ortodoxia, aunque había aprendido del obispo su hermano a no temer a la muerte, sin embargo, por consejo de Florentina, se refugió en un monasterio, ignorándose si éste estaba en Ecija o en Cartagena, donde se formó aún más su alma y aprovechó mucho en sus estudios. Damos pues como un hecho cierto el que Isidoro fuera monje, si bien de una manera circunstancial. Se ha discutido mucho sobre este carácter monacal,

apoyándose los que lo afirman en haber compuesto San Isidoro una "*Regla de monjes*", e incluso en algunos escritos de la Edad Media, en los que se le da el título de Abbas (Abad).

Terminada la lucha con la muerte de Leovigildo, año 587, los dos hermanos regresan a Sevilla, y es entonces cuando Isidoro se prepara para recibir la ordenación sacerdotal, pues según la disciplina antigua se exigían los treinta años para ser sacerdote. Y mientras Leandro se entrega de lleno a los trabajos apostólicos, consiguiendo el óptimo fruto logrado en el III Concilio toledano, año 589, con la solemne profesión de fe católica hecha por Recaredo y la nobleza, Isidoro, en la plenitud de su fuerza vital, se dedica a los trabajos de recogida de documentos y a sus estudios sobre el Salterio y la Biblia. Mas un suceso extraordinario le obliga a abandonar de momento sus estudios escriturísticos: su hermano San Leandro, cargado de años y de méritos baja al sepulcro, dejando en orfandad dolorosa a la diócesis hispalense; pero un clamor unánime se levantó en el clero y pueblo pidiendo por sucesor a Isidoro, pues ésta era la manera de elección de obispos en aquella época.

Si Leandro se había mostrado un coloso defensor de la doctrina católica, no se equivocaron los que, el 13 de marzo del 600, eligieron por sucesor de éste a su hermano y discípulo, pues Isidoro brillará a más altura.

Isidoro, metropolitano de Sevilla, emprende la organización de las iglesias, promulga los decretos de los Concilios celebrados en Sevilla, en los años 619 y 625; del primero de ellos sabemos, que se trataron varios puntos referentes al régimen de las iglesias sufragáneas, a los monasterios erigidos en la provincia Bética, dirección de las vírgenes o religiosas y extirpación de las herejías, según consta en la relación de sus actas: y es lástima que se hayan perdido las actas del segundo concilio, que añadiría nueva gloria a este santo obispo que tenía talento organizador. Dirigió la vida religiosa de toda España y en parte la vida política, pues preparó una codificación más razonable del "Fuero Juzgo", y en una palabra, procuró la formación de las nuevas generaciones.

Desde que subió al episcopado hasta el día de su muerte, los acontecimientos todos de su vida van unidos estrechamente a su obra misma, y no hay manifestación alguna de la vida española del siglo VII donde San Isidoro no dejara huella de su pasmosa actividad, pudiéndose afirmar que Dios suscitó a este santo prelado para que afirmara el imperio de la fe católica en la España visigoda.

I I I

San Isidoro visita al Papa.-Obras de apostolado del metropolitano Isidoro y el IV Concilio de Toledo

REFIEREN algunos autores que San Isidoro estuvo en Roma a principios de su Pontificado en la diócesis hispalense, para renovar la antigua amistad que su santo hermano Leandro había tenido con el Papa San Gregorio I el Magno. Pero es más acertado pensar que este primer viaje a la Ciudad Eterna lo realizó en sus primeros años de sacerdote. Hasta el Pontífice romano habían llegado noticias del saber y santidad del hermano menor de San Leandro, y aquél había manifestado a éste, repetidas veces, sus deseos de conocer personalmente y hablar con Isidoro. San Leandro, para complacer a San Gregorio, envía a Roma al joven sacerdote Isidoro. Una tradición nos lo afirma; me refiero a los orígenes de la devoción a la Virgen de Guadalupe.

Ocupado San Leandro en las tareas de la unificación que siguieron al Concilio III de Toledo, y no pudiendo desplazarse a Roma para consultar con el Sumo Pontífice, envía a su hermano Isidoro a aquella capital del orbe cristiano. Allí estuvo el sacerdote Isidoro varios meses, quedando admirado San Gregorio de los grandes talentos que poseía, y al despedirse para volver a Sevilla, el Papa le entrega una imagen de la Santísima Virgen como regalo para su gran amigo Leandro. Por mar hizo Isidoro la travesía, experimentando el valimento de la Señora cuando la invoca en alta mar y cesa la tempestad que afligía a aquéllos que en su nave surcaban el mar Medite-

rráneo, llegando felizmente al puerto de Cádiz. La ciudad de Sevilla recibió con gran regocijo la preciosa dádiva, y la imagen de la madre del Redentor permaneció, por espacio de más de un siglo, recibiendo los homenajes de los cristianos hispalenses, pues un día aciago los cristianos de la ciudad del Betis tuvieron que huir, ante la proximidad de la morisma que acabó con la monarquía visigoda, y se llevaron la imagen de María, dejándola escondida en una cueva de una solitaria y áspera montaña de Extremadura, en donde nacía un río, al que después los árabes llamaron Guadalupe o río de los lobos. Siglos después, el año 1326, un pastor, a quien se le desmandó una de sus vacas, encontró la imagen en aquel sitio.

Otra tradición nos la cuenta don Lucas de Tuy en la vida del santo Isidoro, y que dice corría en boca de los mozárabes hispalenses: El Papa tenía ganas de conocer al joven Isidoro, y cierta noche de Navidad, éste, que conocía los deseos de San Gregorio, se salió de la iglesia al terminar la primera lección de maitines, y en un momento se vio arrebatado y puesto en Roma en la basílica donde el Papa cantaba los divinos oficios, quien lo reconoció al punto, corrió a él y lo abrazó; después fue devuelto el joven sacerdote a la iglesia de Sevilla en la misma noche y antes de que los clérigos terminaran los dichos oficios.

El segundo viaje de San Isidoro a Roma, siendo metropolitano de Sevilla, parece fue entre los años 619 y 625, para visitar al Papa Bonifacio V, asistiendo a un Sínodo romano, donde se le oyó con respeto y se tuvieron en cuenta sus dictámenes. Al volver de Roma—dice un autor anónimo—, las comarcas de Francia por donde pasaba gemían víctimas de la sequía, amenazando el hambre, por lo que los pueblos estaban en una espantosa consternación. La visita del hombre de Dios reanimó los espíritus, y grandes y pequeños salían a su encuentro, pidiéndole su mediación ante el Padre Celestial. Compadecido Isidoro alzó los ojos al cielo, levantó sus manos implorando y obtuvo, cual otro Elías, que cayese la lluvia deseada. Este hecho y otros semejantes hizo que fuera reputado no sólo como

gran maestro, sino también como varón consumado en santidad.

La ingente figura de San Isidoro resalta con más hermosura, delineada con las pinceladas del buen Pastor, del Apóstol que reparte el pan de la sana doctrina a los sabios e ignorantes, a los grandes y a los pequeñuelos, como lo comprueban las cartas que escribió el Santo a diversas personas.

El austero Mausona, metropolitano de Mérida, presidente que fue del tercer Concilio de Toledo, envía a San Isidoro, poco después de ocupar la Sede de Sevilla, una carta pidiendo le explique y aclare ciertos cánones acerca de los penitentes, lo que hace el joven obispo en una carta, con tal cantidad de ejemplos del Antiguo y Nuevo Testamento, que no sólo convence, sino que emociona dulcemente; el metropolitano de Toledo San Eladio recibe instrucciones de San Isidoro para que los obispos de su provincia eclesiástica sepan a qué atenerse en relación con Honorio, obispo de Córdoba; el duque Claudio le escribe suplicando le aclare ciertos puntos de doctrina sobre la obediencia al Papa y Obispos, del Espíritu Santo y Santísima Trinidad, y cómo debe conducirse con ciertos herejes, y a todo contesta Isidoro con una claridad meridiana; el Arcediano Redempto le escribe una carta para disipar los escrúpulos que le afligian al considerar ciertas discrepancias que notaba entre la Iglesia griega y la latina, y el Santo, con su habitual caridad le escribe una larga epístola con la que desvaneció todos los escrúpulos; y así otras cartas a otros Prelados que le consultan; y sobre todo una carta cariñosísima a su antiguo discípulo y amigo San Braulio, a quien llama "mi señor y amado hijo".

Los Concilios en España venían siendo reuniones puramente eclesiásticas, pero desde la conversión de Recaredo aquellos organismos vinieron a ser como una especie de Cortes, donde junto al obispo se sentaba un laico y junto a éste un abad. El rey los convocaba y declaraba abiertos, entregando las proposiciones reales y luego se retiraba.

San Isidoro fue un entusiasta de los Concilios, pues les reconocía un valor extraordinario, y hay que suponer que asistió,

tomando parte muy activa, al primer Concilio hispalense que su hermano San Leandro celebró a fines del año 590; siendo ya metropolitano de Sevilla, presidió el segundo Concilio hispalense, año 619 y el tercero hispalense del año 625; y hay también noticias de que asistió a un Concilio toledano celebrado en el 610 y que, por haber tratado exclusivamente de asuntos pertenecientes a la diócesis toledana y su provincia, no se enumeran entre los dieciocho Concilios nacionales e históricos. El año 633, se celebraba en la iglesia de Santa Leocadia el IV Concilio de Toledo, asistiendo sesenta y dos obispos y siete sacerdotes representantes de otros tantos prelados que por diversas causas no pudieron asistir. Es uno de los más importantes Concilios nacionales de la iglesia visigoda, "...presidido por el hombre más santo y más sabio del siglo VII—escribe don Vicente de la Fuente—, donde se dictaron setenta y cinco cánones importantísimos de disciplina..." A su presidente, Isidoro, metropolitano de Sevilla, se debe en su mayor parte la gloria de cuanto allí se determinó, pues él lo preparó y dirigió. Años más tarde, en el Concilio VIII de Toledo, año 653, se reconoció la sabiduría y celo de San Isidoro, llamándosele "doctor esclarecido de aquel siglo, supremo ornato de la Iglesia Católica, sapientísimo entre los sabios y digno de que su nombre se pronuncie con reverencia".

A pesar de sus muchas ocupaciones pastorales, nuestro santo arzobispo desplegó una actividad literaria tan grande, que no pudo igualar ningún coetáneo.

IV

La Escuela hispalense o isidoriana.-La Biblioteca isidoriana.-Sus obras

MUCHOS años llevaba Europa de trastornos y de luchas, que no se podían compaginar con el cultivo de las letras y de las ciencias, amigas más de la paz que de la guerra; no podían abundar los maestros que educaran a los que se sentían con vocación a la sabiduría y los guiaran por el camino

que lleva al Santuario. San Leandro funda una escuela, cerca de su casa, en la iglesia que se llamó "Santa Jerusalén", a semejanza de las establecidas en Africa, cuando los vándalos la invadieron, por Fulgencio de Ruspas y otros discípulos de San Agustín. Este fenómeno no era extraño en el sur de España, tan íntimamente relacionado, sobre todo en el terreno intelectual, con el norte de Africa. Y aquella escuela—dice Manuel Ballesteros—, podría muy bien haber servido de modelo a los modernos seminarios; y no es improbable que los padres reunidos en el Concilio de Trento para combatir la Reforma tuvieran presente el ejemplo de esta escuela sevillana.

Isidoro, que se había dado perfecta cuenta de que el pueblo seguía bajo la influencia de las doctrinas que profesaban los arrianos, en los usos, costumbres, pensamientos y juicios—como quedó confirmado por el brote de arrianismo con el rey Viterico, que murió asesinado el año 609—, apenas fue elevado a la metropolitana silla hispalense, hizo suya la escuela de su hermano, y en esta academia se estudian las lenguas clásicas, y juntamente con las ciencias eclesiásticas la filosofía de Aristóteles recristianizada; es decir se estudiaba el "Trivium", que comprendía la Gramática, la Retórica y la Lógica, y el "Quadrivium", o sea Aritmética, Geometría, Astrología y Música, que forman el coro de las siete artes liberales, y además la Exégesis bíblica y la Historia general del mundo y la particular de nuestra patria, tanto en su aspecto profano como eclesiástico, y no se olvidaba el estudio del derecho o legislación de la Iglesia.

El prestigio de la escuela sevillana crecía de día en día, desde que al frente de ella se puso el antiguo alumno Isidoro, que le dio una forma definitiva y fama impercedera. San Isidoro tenía en esta escuela lo que pudiéramos llamar la dirección intelectual, pero no podía encargarse por sí de todos los detalles de la disciplina y escogió a un arcediano para que rigiera la escuela con plena autoridad, sobre todo cuando tenía que ausentarse por sus obligaciones pastorales.

A este centro o escuela hispalense acudieron a perfeccionar su formación muchos jóvenes de la España del siglo VII, con-

tándose entre los alumnos más aventajados, a Ildefonso que fue arzobispo de Toledo, el gran defensor de la Virginitad de la Santísima Virgen María; Braulio, que lo fue de Zaragoza; Tajón, el arcediano Redempto; Eugenio, más tarde arzobispo de Toledo, y los príncipes Sisebuto, el filósofo, y Sisenando, que llegaron a ser reyes de España y se gloriaban de ser discípulos de Isidoro.

Dicen los biógrafos del santo, que era de mediana estatura y enjuto, pero con un extraordinario don de palabra, con grandes dotes pedagógicos, poseía una privilegiada memoria reteniendo todo lo que podía leer y que luego explicaba con gran amenidad y claridad. Su discípulo San Ildefonso, dijo de él que era: "Varón adornado a la vez de ingenio y de nobleza; era tal la dulzura y suavidad de su palabra, tan copiosa su elocuencia, que el torrente impetuoso de su conversación llenaba de asombro a los que tenían la dicha de oírle, de donde se seguía que suspiraban por volver a oírle otra y muchas veces". Y su dilectísimo discípulo San Braulio, dice que: "En él se vio la antigüedad resucitada, y aún más, nos hizo ver a los presentes encarnada en sí mismo toda la sabiduría de la antigüedad; varón que dominó las varias maneras de hablar, de modo que se hacía entender lo mismo de los sabios que de los indoctos, según el lugar y tiempo en que hablase, aunque cuando lo reclamaba la ocasión del lugar y la solemnidad del momento lo hacía con una elocuencia arrebatadora e incomparable".

Repetidas veces le habían manifestado sus discípulos que sus explicaciones merecían mayor divulgación, y convencido Isidoro de la necesidad de propagar a los cuatro vientos la ciencia y verdad católicas, a fin de alzar un muro en que se estrellaran los sofismas de la enseñanza anticatólica, emprendió la tarea de publicar sus obras. Y esta ciclópea obra la escribió por sí mismo, pues le gustaba redactar; y unas veces por la brevedad en la frase y la vivacidad en el giro, y otras por su tono elocuente o sencillo, indican claramente el estilo propio del santo, manifestado en las cartas que escribiera a sus discípulos.

Como base fundamental de sus escritos, se valió de su famosa biblioteca. Había logrado Isidoro reunir en Sevilla el conjunto bibliográfico más importante de su época, comparable a los reunidos en Roma por el Papa San Gregorio Magno. Junto a la biblioteca, había destinado Isidoro una estancia o "Scriptorium", que ocupaban los escribas y copiantes de los preciosos Códices y otros libros de diferentes materias. Así pudo el prelado hispalense contar con todos los libros conocidos, desde los de los poetas y médicos hasta los tratados de Derecho romano, de los que habla en sus obras con gran entusiasmo. No hay que olvidar que su hermano Leandro aprovechó su estancia en Constantinopla para traer los primeros libros de Oriente, y que Isidoro, en caso de necesidad, enviaba emisarios a Roma o a otros lugares en busca de los libros que le eran precisos, pues en la época en que vivió era muy conveniente tener a mano los documentos más seguros y fehacientes para poder hacer resplandecer la verdad en las discusiones sobre Teología y en las cuestiones disciplinarias. A la entrada de dicha biblioteca puso San Isidoro una inscripción en versos latinos, que indicaba que allí había muchos libros sagrados y muchos profanos. Su traducción en versión poética castellana, dice: "Hay aquí libros sagrados, hay aquí obras profanas. /De ellas, toma y lee, si algunos versos te agradan. /Prados ves llenos de espinas, y de flores abundosas. /Si espinas tomar no quieres, toma rosas. /Aquí, como joyas brillan, de la Ley los libros sacros. /Aquí igualmente se guardan, los nuevos con los de antaño."

No es posible en este trabajo hacer una relación completa de las obras que escribió San Isidoro y un comentario de las mismas. Sin embargo, recordemos que por iniciativa de San Leandro, escribió sobre las Sagradas Escrituras, el libro de las *Alegorías*, que explica los nombres propios desde Adán hasta Jesucristo, y el de los *Números*, en el cual habla místicamente del significado de los números que aparecen en los libros sagrados. Otros libros de gran importancia, son: el de los *Oficios eclesiásticos*, con el de las *Reglas de los Monjes*; el de las *Sentencias*, que descuella entre sus obras teológicas, explicando

el dogma y la moral; el de los *Sinónimos*, que trata del valor de la oración y del arrepentimiento; el de la fe católica *Contra los Judíos*, que es una apología del cristianismo, y escrito a petición de su hermana Florentina; el de las *Diferencias*, que trata de la etimología y sinónimos de centenares de vocablos latinos; el *Cronicon*, que viene a ser la historia de la humanidad desde Adán hasta la época en que vivió, con su complemento de *Varones ilustres*; la *Historia de los Goños*; y el que más renombre le dio, su inmortal obra de las *Etimologías*, mina inagotable para teólogos y filósofos, para literatos y artistas, pues abarca todo el humano saber, lleno de sentencias breves y profundas con sus comentarios, y que en realidad es la primera enciclopedia que hubo en el mundo. Esta última obra, en la que empleó muchos años no pudo terminarla, y viéndose próximo a la muerte mandó a su discípulo predilecto San Braulio, que la ordenara.

Pero San Isidoro no pertenece sólo a España; es de la Iglesia universal.

V

Muerte de San Isidoro.-Influencia de los escritos isidorianos en la Edad Media

COMO dijimos que San Isidoro, próximo a su muerte, viendo que no podía terminar su grandiosa obra "*Las Etimologías*", encomendó a su amado discípulo San Braulio de Zaragoza que la ordenase, me ha parecido conveniente, antes de tratar de la influencia que sus obras tuvieron en la Europa medioeval, recordar cómo terminó su vida aquel gran Padre de la Iglesia visigoda.

En medio de sus trabajos y enseñanzas había alcanzado Isidoro una avanzada edad, y presintiendo su muerte se preparó a morir entregándose a la oración y a la penitencia.

Según nos refiere su discípulo Redempto, testigo ocular de cuanto aconteció, el metropolitano Isidoro, que siempre se ha-

bía ejercitado en la caridad con los pobres, en los seis meses anteriores a su muerte se consagra enteramente a repartir limosnas entre los necesitados. Seguramente que estas limosnas procedían de lo que le quedaba de su patrimonio familiar, pues si hubiera sido de la parte que la Iglesia se reservaba para ayudar a los pobres, no era cosa digna de mencionarse, puesto que era lo ordenado y lo hacían todos los obispos.

Seis meses llevaba ya de enfermedad, sufrida con gran entereza, cuando un día se agravó de manera alarmante; sus discípulos rodean el humilde lecho, atentos a secundar los deseos del maestro, y oyen que les dice: "Quiero que me lleven a la Basílica de San Vicente mártir". Ya en ella, Isidoro fue colocado en medio del coro, junto a la verja del altar mayor, y, antes de que sus amados sufragáneos, Juan, obispo de Elepla o Niebla, y Esparcio, obispo de Itálica, recibieran su penitencia, manda que los grupos de mujeres se aparten a lo más retirado del templo, a fin de que sólo los hombres presenciaran aquella escena conmovedora. "Así dispuestas las cosas, pidió a un obispo que le vistiera el cilicio, y al otro que derramara sobre él la ceniza, y así ataviado, abrió los brazos, los alzó cielo", e hizo una humilde confesión. Después recibió "de manos de los referidos Pontífices el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, con profundo gemido del corazón, juzgándose indigno". Luego pidió perdón a los obispos, a los sacerdotes que estaban presentes, a los nobles y a la multitud del pueblo que allí se había congregado, rogándoles que hicieran oración para que el Señor lo perdonase. (Por la sacristía de la parroquia de San Vicente se entra a una pequeña capilla, que está detrás del altar mayor, y que la tradición señala ser el lugar donde San Isidoro hizo su penitencia pública y recibió el Viático).

Cuatro días después, aquel gran doctor de la Iglesia española, entregaba su alma a Dios, en Sevilla, el cuatro de abril del año 636, y fue enterrado, según aseguran las historias, en la basílica de Santas Justa y Rufina (hoy iglesia de los Padres Capuchinos), entre los sepulcros de sus dos hermanos, San Leandro y Santa Florentina. Y allí estuvieron sus reliquias hasta el año de 1063, en que, encontrado de una manera mi-

lagrosa, fue trasladado a León, reinando en aquel Estado cristiano Fernando I el grande. El rey Fernando III, el Santo, conquistó la plaza mora de Sevilla, el 23 de noviembre de 1248, y eligió para entrar en ella—dice Ortiz de Zúñiga—, el día 22 de diciembre, por ser consagrado a la Traslación de las reliquias de San Isidoro de Sevilla a León, aunque no sin misterio concurrió con el plazo señalado, cuya victoria es fama que el mismo Santo había revelado a San Fernando y prometido su protección. Desde aquellos tiempos fue San Isidoro aclamado por Patrón principal de Sevilla y su diócesis.

La fama del saber de San Isidoro de Sevilla, que aun en vida de él había traspasado las fronteras, a su muerte se extendió por todo el mundo católico, y sus escritos comienzan a difundirse por las Galias, Italia e Irlanda. Los libros isidorianos eran buscados en los monasterios medioevales, donde sus monjes los copian muchísimas veces, siendo los libros preferidos después de los bíblicos, "*Las Etimologías*", "*De Officiis ecclesiásticos*", "*Los Sinónimos*", "*Las Sentencias*" y "*La Regla*", que aunque según San Braulio fue escrita para los monasterios visigodos, todos los monjes de Europa le veneraban como a uno de los más insignes maestros.

A comienzos del siglo VIII, aparece en Europa el monje inglés Beda el Venerable como continuador de la obra isidoriana; sus comentarios bíblicos se inspiraron en libros de San Isidoro, y muchas veces copia literalmente las *Etimologías*, que no se le caía de las manos (675-735).

El inglés Alcuino (735-804), que había recogido la semilla de la ciencia isidoriana y que en sus cartas cita docena de veces los escritos de San Isidoro, es llamado por Carlomagno, produciendo un verdadero renacimiento literario, injustamente atribuido a los monjes irlandeses o ingleses.

En la escuela de Tours (Alemania), un joven estudiante escuchaba las explicaciones de Alcuino, y éste le debió orientar hacia los libros de San Isidoro, pues ese joven que se llamaba Rabán Mauro, y fue abad de Fulda y arzobispo de Maguncia, se inspira en sus obras y gozaba de copiar trozos de los libros isidorianos (murió en el año 850).

La fama de San Isidoro era extraordinaria, y por ello, Isidoro Mercator, el autor de las *Falsas Decretales* del Pseudo-Isidoro, las atribuyó a San Isidoro para lograr éxito. El fin fue defender la independencia de la jerarquía eclesiástica de los poderes civiles y de las usurpaciones injustas, afianzando el carácter sagrado de los bienes eclesiásticos. Pero estas *Falsas Decretales* eran cánones falsificados o interpolados, decretales atribuidas a los Romanos Pontífices, desde San Clemente a San Gregorio Magno, y sin embargo esta falsa colección corrió por toda Europa, a mediados del siglo noveno, hacia el año 847, como si fueran recibidas de España, aunque en realidad salieron de la provincia de Tours, de Francia.

El monje camaldulense Graciano, fue el primero que separa de la Teología el Derecho canónico y forma de éste una disciplina autónoma, funda la célebre Universidad de Bolonia, y sobre todo escribió su "Decreto" o colección de cánones, en cuya obra ocupa un lugar preferente las obras de San Isidoro, citándose hasta sesenta y seis fragmentos sacados de los libros isidorianos, "*Regula monachorum*", "*De Officiis ecclesiasticis*", y "*Las Etimologías*". (Murió en 1159).

Santo Tomás de Aquino cita frecuentemente las obras del santo arzobispo hispalense y sobre todo le consagra algunos artículos de la "*Suma Primae Secundae*".

Y el mismo Dante lo cita en la Divina Comedia, especialmente en el "Paradiso", donde nos dice: "Yo ví famear el ardiente espíritu de Isidoro".

San Isidoro, pues, no pertenece sólo a España; es de la Iglesia universal, y ciertamente Dios lo envió al mundo para que recogiese las grandes riquezas que habían dejado las grandes lumbreras del Catolicismo, San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín, y pudiera llevar los tesoros de las ciencias a otras generaciones nuevas.

España debe imperecedera gratitud al gran santo hispalense, Isidoro, arzobispo de Sevilla, cuyo décimocuarto aniversario de su nacimiento celebramos en este año.

VI

La traslación del cuerpo de San Isidoro a León.-Devoción de Sevilla a dicho Santo

JNSINUABAMOS anteriormente que las reliquias de San Isidoro fueron trasladadas al reino de León, el año de 1063. El relato de la traslación del cuerpo de este santo hispalense es verídico, pues consta por documento auténtico, escrito poco después del suceso por un monje que fue coetáneo de muchos de los que se hallaron presentes.

En aquella época, la revolución que estalló en Córdoba, el año 1023, destronando al califa Hixem II, dio paso a las Taifas o reinos pequeños, pues Sevilla, Córdoba, Granada, Málaga, Algeciras, Carmona, Ronda, Morón, Arcos, Niebla y otras poblaciones se hicieron independientes. El reino de Sevilla se hizo el más fuerte con el taifa Abu-Amr-aben Mohamed, más conocido por Motamid (año 1043-1069), que se apoderó de varios reinos cercanos.

Entre los cristianos, Fernando I el magno, era rey de Castilla y estaba casado con doña Sancha, a quien pasó el trono de León a la muerte del hermano de ésta, don Bermudo III, el año 1037. Fernando I supo aprovecharse de las divisiones existentes entre los musulmanes y les quitó varias plazas, pues el año 1057 arrebató Viseo y Lamego al taifa de Badajoz, después se apoderó de varias fortalezas al sur del Duero, pertenecientes al rey moro de Zaragoza, hizo correrías por el de Toledo, y finalmente, el año 1063, llegó a incendiar varias aldeas del reino de Sevilla.

Motamid, reconociendo que no tenía fuerzas suficientes, pues su ejército estaba mermado y muy cansado por las continuas guerras con sus vecinos, no quiso enfrentarse y pidió permiso para trasladarse al campamento cristiano, y conseguido éste ofreció magníficos presentes y entablar la paz con ciertas condiciones. Fernando consultó con sus magnates y obispos, y se decidió que el rey moro de Sevilla pagara un tributo

anual y se comprometiera a entregar, a los embajadores que se enviaran, el cuerpo de Santa Justa, virgen y mártir en la persecución romana, no mencionando a Santa Rufina, porque era cosa sabida que, después de haber sido expuesta a las fieras en el anfiteatro de Itálica y decapitada, su cuerpo fue quemado, y se suponía no existirían reliquias de ella. Motamid aceptó y los cristianos se retiraron.

De vuelta en León, el rey Fernando eligió por embajadores a Alvito, obispo de León; Ordoño, obispo de Astorga; el conde Muño o Munnio, y los nobles Fernando y Gonzalo, con una fuerte escolta militar. Llegada la embajada a Sevilla se comenzó a buscar las reliquias de Santa Justa, pero no dio positivo resultado.

Alvito dijo a sus compañeros: "Ya lo veis. A menos que la misericordia divina nos ayude, volveremos defraudados. Por tanto, me parece imprescindible pedir a Dios, durante tres días de ayunos y oraciones se digne revelarnos dónde se encuentra lo que buscamos". En consecuencia, los cristianos oraron y ayunaron tres días. En la mañana del cuarto día, el obispo Alvito reúne nuevamente a sus compañeros y les dijo: "Amados míos: Debemos dar gracias a Dios de todo corazón, pues se ha dignado no dejar nuestro viaje sin recompensa. Una orden del cielo nos prohíbe sacar de aquí los restos de la bienaventurada Justa; pero llevaréis a nuestra Patria un don no menos precioso: el cuerpo del bienaventurado Isidoro, que llevó en esta ciudad la mitra episcopal y que por sus obras y su palabra fue ornato de España entera". Y fue Alvito relatando cómo, en sueños, vio un anciano vestido con hábitos episcopales que le anunció cuanto había referido, y que él era Isidoro, repitiéndose la visión por tres veces, y añadiendo en la tercera y última: "Aquí, aquí, aquí encontrarás mi cuerpo, y para que no pienses que soy un fantasma que te engaña, reconocerás la verdad de lo que te digo por esta señal. En cuanto mi cuerpo sea desterrado te asaltará una enfermedad incurable, y dejando ese cuerpo mortal, vendrás a nosotros con la corona de los justos".

Alvito con sus compañeros se presentó en seguida en el

palacio de Motamid, le refirió la aparición y le pidió permiso para llevarse el cuerpo de San Isidoro en vez del de Santa Justa. El rey moro escuchó al obispo con seriedad imperturbable, y cuando hubo terminado, exclamó: "¡Ay!, si os doy a Isidoro, ¿qué me queda? Sin embargo, cúmplase la voluntad de Dios. Eres un hombre demasiado venerable para que pueda negarte nada. Buscad el cuerpo de Isidoro y lleváoslo, aunque a mi pesar".

Fue fácil encontrar el sepulcro, pues buscando señales, vieron los cristianos en el suelo los vestigios de los tres golpes que San Isidoro dio con el báculo en la última aparición. Y descubierto el sagrado tesoro, fue tanta la fragancia de su cuerpo, que como si fuera una niebla de bálsamo, humedeció los cabellos y barba de todos los circunstantes con un rocío de olor superior al natural. La caja del sepulcro era de enebro; y al punto que se descubrió el cuerpo, enfermó Alvito y al día séptimo entregó su alma al Creador.

El obispo de Astorga, don Ordoño, y toda su comitiva, recogieron el cuerpo de Alvito y el de San Isidoro, y cuando iban a dejar la ciudad de Sevilla, salió el moro Motamid al encuentro del cortejo y echó sobre la urna del Santo un paño de brocado cubierto de arabescos de labor maravillosa, y exhalando un gran suspiro, exclamó: "Te apartas de aquí, varón venerable, Isidoro, pero bien sabes que tu causa es la mía; por lo que te pido que me tengas presente". (P. Flórez, en *España Sagrada*, tom. IX).

Noticioso el rey Fernando I de que se acercaban sus embajadores, tuvo un gran gozo mezclado con dolor por la muerte del obispo Alvito, a quien siempre había respetado con singular afecto. Dispuso un gran recibimiento para la entrada en León del cuerpo del santo arzobispo de Sevilla que Dios le enviaba, y lo colocó en la suntuosa iglesia de San Juan Bautista, que había mandado edificar para Panteón Real, y posteriormente, con la asistencia de los nobles de su reino y de varios obispos, mandó que aquella iglesia se consagrara en honor de San Isidoro. Años después el rey D. Alonso V colocó el cuerpo del santo en el altar mayor en una urna de plata y elevó la

iglesia a insigne y real Colegiata. En tiempos del rey Alonso VII se creó el Cabildo de Canónigos Regulares de San Agustín, con abad perpetuo y honores cuasi episcopales. El Concordato de 1851 respetó la Colegiata de San Isidoro, de León.

Y fueron tantos los milagros obrados por intercesión de San Isidoro, que las tierras de León, le han reconocido y venerado por su principal Patrón.

Sevilla, desde su reconquista por San Fernando, ha profesado gran devoción a San Isidoro. La ciudad tiene su escudo de armas, usado ya en el año 1311, donde aparece el rey San Fernando sentado con su espada alta y desnuda en la mano derecha y en la izquierda un globo; a uno y otro lado, y colocados de perfil, aparecen San Leandro y San Isidoro. En la iglesia catedral, la antigua regla de coro, recordaba la festividad de la traslación, al decir: "Diciembre, día 22, procesión de la Traslación de San Isidoro, arzobispo de esta santa iglesia, que dotó el señor don Juan Alonso de Logroño, canónigo que fue de ella y familiar del Rvdmo. señor don García Henriquez, arzobispo de esta santa iglesia; murió el dotador el año 1490". Mas esta fiesta fue suprimida, pues si era motivo de júbilo para la ciudad de León, para la iglesia de Sevilla servía de tristeza, por no poseer el inapreciable tesoro del cuerpo de su santo prelado y patrono; todos los años se renueva esta tristeza, en el himno de Laudes, en su fiesta que se celebra el martes después de la dominica "in albis", donde se lee: "¿Por qué, oh Padre, dejaste a tu amado pueblo y fuiste conducido a la excelsa ciudad de León...? ¿Temes por ventura al tirano de la Fe? Huyó el bárbaro, y deberías volver...".

Para mitigar este dolor por la ausencia del santo prelado sevillano, otro arzobispo de Sevilla, oriundo de Asturias y devotísimo de San Isidoro, donó al Cabildo de la catedral hispalense, en el año 1790, una reliquia procedente de León, que se halla anotada en el catálogo con el número 39 y tiene la siguiente inscripción: "Relicario dorado, con la reliquia de San Isidoro, que donó el señor don Alonso Marcos Llanés, arzobispo de Sevilla".

Desde tiempo inmemorial había sido considerado San Isi-

doro como principal patrono de la ciudad de Sevilla y su Arzobispado, y el Emmo. Cardenal don Luis de la Lastra y Cuesta, accediendo a los piadosos deseos del Excmo. Cabildo Metropolitano y del Excmo. Ayuntamiento sevillano, dirigió reverentemente las preces al Sumo Pontífice Pío IX, a fin de que se dignase confirmar dicho patronato. Su Santidad acogió benévola-mente la súplica, y así lo decretó por medio de la Sagrada Congregación de Ritos. Su fecha, 23 de julio del año 1868.

